

taron otros asuntos de gran entidad, como el concerniente á la mediación ofrecida por Inglaterra para restablecer la paz en las posesiones de América, en que no se llegó á ningún resultado positivo. Mejor fué el éxito de las negociaciones que se entablaron con Rusia, con la que don Francisco Zea Bermúdez firmó el veinte de Julio un tratado, que las Cortes ratificaron el dos de Septiembre. Ya comenzado el año de mil ochocientos trece, se pronunciaron en las Cortes ardientes discursos, combatiendo unos y defendiendo otros la existencia del tribunal de la Inquisición. Dictóse, asimismo, una ley para impedir el aumento de las órdenes regulares y preparar su extinción. Estas loables reformas encontraron resistencias en ciertos elementos, que la regencia amparaba. Las Cortes, sin embargo, supieron imponer su autoridad con enérgica firmeza y destituyeron á los regentes, nombrándose para reemplazarlos tres, en lugar de los cinco que antes había.

En los primeros meses del nuevo año, permanecieron quietos por lo general los ejércitos aliados, que el gobierno español, de acuerdo con lord Wéllington, había dividido en cuatro de operaciones y dos de reserva, los cuales se extendían, formando vasto semicírculo, por las Andalucías, Extremadura, Galicia y demás distritos del Norte: en el centro estaban situados los contrarios. Las fuerzas de éstos, mermadas por las incesantes órdenes de Napoleón después del desastre de Rusia, no pasaban ya de unos ochenta mil hombres, número que aun se disminuyó en seis mil, que, á las órdenes de Soult, repasaron los Pirineos á fines de Marzo, para ir á engrosar el ejército de Alemania. Otra disposición del Emperador fué reforzar el ejército del Norte, á expensas de los del Sud y de Portugal, con el fin de asegurar su dominación en las provincias del Ebro. Jourdan había dado á José Bonaparte el consejo de trasladarse á Valladolid, población muy bien situada para atender al Norte de la Península; Napoleón aprobó la idea, y José, aunque á disgusto, salió de la capital de España el diez y siete de Marzo. Ya no debía volver á ella.

A mediados de Mayo, Wéllington empezó la nueva campaña moviéndose hacia el Duero, á la cabeza de cuarenta y ocho mil ingleses, veintiocho mil portugueses y veintiséis mil españoles. El caudillo británico avanzó con rapidez, y confundido el enemigo con la repentina irrupción, hubo de renunciar á defender la línea del Duero y la del Pisuerga. Intentaba José Bonaparte hacerse fuerte en la del Ebro, pero cogiéndole la delantera los aliados, cruzaron este río, y entonces los franceses se encaminaron á Vitoria, perseguidos tan de cerca que algunos cuerpos de su retaguardia fueron alcanzados y acometidos por la vanguardia de Wéllington. Los aliados establecieron su cuartel general y el centro de su ejército en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, llamando la izquierda sobre Vitoria; los franceses estaban acantonados en las orillas del Zadorra y en las inmediaciones de aquella ciudad: era, pues, inminente una gran batalla, la cual, en efecto, se libró el veintiuno de Junio, sufriendo el enemigo completa derrota. Quedaron en el campo ocho mil franceses entre muertos y heridos, haciendo los nuestros mil prisioneros,

á más de apoderarse de ciento cincuenta y un cañones, banderas, pertrechos, parte del convoy que habían sacado de Madrid los fugitivos, bagajes, almacenes y hasta del carruaje de José, con la correspondencia del asendereado monarca y varias prendas de su equipaje. Los franceses huyeron vía de Pamplona, entrando en esta población dos días después y dejando en ella una guarnición de cuatro mil hombres para que protegiese su retirada á Francia, prosiguieron su viaje, atravesando los Pirineos el veintiocho, por Velate y el valle de Baztán, el puerto de Arraiz y Roncesvalles. El general Foy, que mandaba diez y seis mil hombres, escarmentado por españoles é ingleses en Tolosa, se encaminó también á Francia al tener noticia de la retirada de José, de modo que el primero de Julio habían pasado el Bidasoa sus últimos destacamentos. Clausel, ocupado en guerrear contra Mina y Sánchez, no había recibido, por la mala voluntad de los naturales, ninguno de los múltiples avisos que José le dirigiera llamándole á su lado; al día siguiente de la batalla de Vitoria, se acercó á esta ciudad con quince mil hombres, ignorante de lo ocurrido; mas al divisar desde la sierra de Andía las señales y restos del desastre, retrocedió; el veintiséis de Junio entró en Tudela y el primero de Julio en Zaragoza, marchando en breve á su patria por Jaca y Canfranc. El enemigo no poseía ya en el norte de España más plazas que las de San Sebastián, Pamplona y Santoña; su situación en Cataluña, Aragón y Valencia era mejor; pero después de la brillante campaña realizada por Wéllington y los españoles, podía predecirse, sin temor de equivocarse, su próxima expulsión de todo el territorio de la Península. ¡Digna recompensa de nuestra invencible constancia!

Tales fueron los sucesos que, sabidos por Napoleón en Dresde, le pusieron fuera de sí. Arrebatado de ira, culpó á José y Jourdan de desgracias cuyo principal responsable era él; los separó del mando; ordenó á su hermano internarse en Francia y fijar su residencia en su castillo de Montfontaine; nombró general en jefe de sus ejércitos en la Península Ibérica al mariscal Soult, con el título de lugarteniente suyo, y dispuso una leva de treinta mil hombres, en los departamentos comprendidos entre el Girona y el Herault, para la defensa de la frontera pirenaica.

En lo tocante á los asuntos de Alemania, Napoleón siguió dando largas á las negociaciones. Según lo convenido, Austria debía ejercer su mediación en un congreso que se celebraría en Praga, y el Emperador de los franceses difirió cuanto pudo el nombramiento del plenipotenciario que, en unión de Narbonne, su embajador en Viena, había de representarlo en él. Metternich declaró rotundamente á Narbonne que, si pasaba el diez de Agosto sin aceptar Francia las proposiciones de Austria, esta potencia entraría en la coalición, y que el diez y siete del mismo mes, trescientos mil soldados suyos irían á engrosar las fuerzas aliadas. Napoleón no hizo caso. Sin embargo, tanto en Dresde como en París, todo el mundo estaba por la paz, no obstante ocultar aquél las condiciones ofrecidas por Austria, haciendo creer que eran deshonrosas, cuando el mismo ejército aspiraba á mucho

menos de lo que á Francia se otorgaba; pues se hubiera contentado con que se respetasen sus fronteras del Rhin y de los Alpes, de que á la sazón nadie intentaba despojarla. El siete de Agosto, recibió Napoleón el *ultimatum* de Austria. El gobierno de Viena le pedía con carácter definitivo: el reparto del gran ducado de Varsovia entre Rusia, Austria y Prusia; la independencia de las ciudades anseáticas y de Holanda; la cesión de las provincias ilíricas; la renuncia de sus pretensiones á dominar en España; el abandono de sus títulos de protector de la Confederación del Rhin y de mediador de la helvética. El día diez, el general conde de Bubna se encargó de llevar á Francisco II la contestación de Napoleón. Quería éste conservar Holanda y las ciudades anseáticas; explicábase con vaguedad acerca del abandono de Alemania, y sólo renunciaba francamente al gran ducado de Varsovia, á las provincias ilíricas y á sus frustrados proyectos respecto de España. Se necesitaba más de veinticuatro horas para ir de Dresde á Praga, á donde se había trasladado la corte de Viena, y el conde de Bubna no llegó al término de su viaje hasta el día once. Ya era tarde. La noche anterior, á las doce en punto, es decir, en el instante preciso de expirar el armisticio, Metternich había declarado disuelto el congreso y formulado la declaración de guerra de Austria, y el día doce, anunció á los negociadores franceses que su gobierno se unía á las potencias coaligadas. Hasta entonces, en las guerras anteriores, sin excluir las de la época de la Revolución, Francia nunca había tenido enfrente al mismo tiempo sino á dos de las tres grandes potencias continentales: Napoleón se había dado trazas para reunir las á todas contra ella, justamente en los momentos de estar agotadas sus fuerzas. A pesar de esto, su ceguedad, su insensatez, su orgullo eran tan grandes que se alegró de la clausura del congreso de Praga, gozando aún algunos días en su corte de Dresde, entre fiestas y representaciones teatrales, de la ilusión de ser omnipotente.

El armisticio había permitido á los aliados aumentar considerablemente sus huestes, y tres ejércitos poderosos se aprestaban á envolver á Napoleón: el de Silesia, fuerte de doscientos mil prusianos, mandados por Blücher, que se escolonaba á lo largo del Oder; el del norte, á las órdenes de Bernadotte y compuesto de ciento ochenta mil suecos, alemanes, ingleses y rusos, capitaneados estos por Benningsen; el de Bohemia, formado por ciento ochenta mil austriacos, que acaudillaba Schwartzemberg, pronto á marchar á Sajonia. Además, doscientos cuarenta mil rusos, prusianos, suecos é ingleses estaban preparados para expulsar de la Alemania del norte á los franceses; ochenta mil austriacos, dispuestos á arrebatarles Italia, y doscientos mil ingleses y españoles, apercebidos á cruzar los Pirineos: en junto, un millón de hombres. El plan de los aliados era batir en detalle á los lugartenientes de Napoleón, hasta encerrar á su temible enemigo en un círculo de hierro. Su autor era Bernadotte. Otro general francés, mucho más célebre que el príncipe real de Suecia, iba en el ejército de Bohemia: era Moreau. Este gran capitán, al enterarse del desastre de Rusia, regresó de América, é informado de que había en poder de

Alejandro más de cien mil prisioneros franceses, se figuró que sería fácil armarlos, transportarlos por mar á las costas francesas, y puesto él al frente de aquellos hombres, exasperados contra el autor de sus males, derribar el Imperio. Había ido á Stokolmo á proponer su pensamiento á Bernadotte, exigiendo como condición de su apoyo, que los soberanos aliados firmasen el compromiso de dejar á Francia las fronteras de los Alpes y del Rhin. Bernadotte le dejó que viese al Czar Alejandro, el cual, protextando de su intención de no tocar á las fronteras de Francia, deshechó, sin embargo, como impracticable la idea del armamento de los prisioneros y de su desembarco en Francia. Moreau hubiera debido retirarse; mas quizás por su carácter bondadoso y débil cedió á las instancias de Alejandro y quedóse en el cuartel general. Hasta llegó á dar consejos al Estado Mayor de los aliados. Los generales de éstos, en efecto, se proponían avanzar desde luego á Leipzig, á fin de aislar al ejército napoleónico de Francia: ahora bien, si tal hacían, exponíanse, en caso de derrota, á ver interceptadas sus comunicaciones con Bohemia y á ser destruídos. Consultado Moreau, les expuso los inconvenientes de semejante plan, y entonces en lugar de dirigirse hacia el Elster y Leipzig, se encaminaron hacia el Elba, y sobre Dresde.

No podía Napoleón oponer á los ejércitos de los aliados sino unos quinientos cincuenta mil hombres, entre los cuales se contaban no pocos alemanes é italianos, cuya lealtad era muy dudosa. En Alemania tenía disponibles trescientos treinta mil, parte de los cuales destinó á reforzar el cuerpo de ejército de Davout y las guarniciones de las grandes plazas del Elba, y con el resto formó dos grandes ejércitos, uno de noventa mil hombres, á las órdenes de Oudinot, que debía caer sobre Berlín, operando en combinación con Davout, y otro, más numeroso, cuyo mando se reservó. Los cuarenta mil hombres escogidos de la guardia, apostados en Goerlitz, se hallaban en condiciones de acudir en auxilio del ejército de Oudinot ó del de el Emperador, según las circunstancias. Finalmente, Gouvión de Saint-Cyr, con veinte mil hombres, quedaba encargado de proteger á Dresde, que era el centro de todas las operaciones.

Blücher tomó la ofensiva antes de transcurrir el último plazo del armisticio. Napoleón fué á su encuentro y le obligó á retroceder con pérdidas; en seguida sabiendo que el gran ejército de los aliados desembocaba á su espalda por los desfiladeros de Bohemia, dejó á Macdonald enfrente de Blücher y volvió sobre sus pasos. Gouvión de Saint-Cyr, no encontrándose con fuerzas bastantes para resistir á los aliados, se replegó á Dresde. A Napoleón se le ocurrió atravesar otra vez el Elba hacia la entrada de las montañas, cerca del fuerte de Koenigstein, y efectuar después una conversión, para coger al enemigo que había querido envolverlo, entre su ejército y aquella plaza. Estaba ya en marcha para ejecutar su bien concebido movimiento, cuando las masas enemigas, del veintitres al veinticinco de Agosto, se presentaron delante de Dresde. Gouvión de Saint-Cyr escribió muy

apurado al Emperador. Sus apremiantes frases y las instancias del rey de Sajonia quebrantaron la resolución de Napoleón, el cual faltó esta vez de su antiguo atrevimiento, desistió de llevar á cabo su excelente combinación y, contentándose con enviar á la ribera izquierda del Elba cuarenta mil hombres, á las órdenes de Vandamme, se fué derecho á Dresde por la otra orilla, con cien mil. Las vacilaciones de los aliados permitieron á Napoleón llegar á tiempo, de modo que el día veintiséis, en el momento de penetrar los austriacos por el arrabal de Plauen, los franceses entraban por la puerta del Pirna, siendo aquellos arrojados de la ciudad. El veintisiete se empeñó formal batalla. Napoleón tranquilo en su centro, protegido por el campo atrincherado de Dresde, hizo maniobrar á las dos alas de su ejército. La izquierda con Ney á la cabeza, derrotó á los rusos; la derecha, capitaneada por Víctor, empujó á los austriacos al precipicio que forma el arroyo de Plauen. Schwartzemberg, temiendo perder sus comunicaciones, retrogradó á Bohemia. Las bajas fueron casi iguales, unas diez mil por cada parte; pero los aliados abandonaron en poder de Napoleón quince mil prisioneros y cuarenta piezas de artillería. Poco antes de concluir el combate, una bala de cañón le llevó las dos piernas á Moreau, que estaba junto á Alejandro. El insigne caudillo expiró á los cinco días, después de haber sufrido con gran valor una amputación dolorosísima. Entre los episodios más tristes de esta guerra, dice un historiador, debe contarse la muerte del héroe de Hohenlinden, acaecida en las filas de los enemigos de Francia: era menester, añade, el inmenso trastorno moral producido por el Imperio para que tal vida acabara de semejante modo.

Napoleón habría debido perseguir á los contrarios; mas ya porque todo lo propusiese á su idea fija de recobrar á Berlín á cualquier precio, ya porque se sintiera enfermo, el caso es que, en lugar de correr en persona tras los ejércitos vencidos, abandonó el negocio á sus mariscales, sin guiarlos desde bastante cerca para impedir sus rivalidades y faltas. Macdonald fracasó en la empresa de contener á Blücher en Silesia, debido principalmente al mal tiempo, siendo derrotado en el paso de Katzbach, y su ejército, aunque bien mandado, se desmoralizó y desbandó en parte en la retirada, perdiendo diez mil hombres, bagajes y cañones. Peor fué aún la suerte de Vandamme. Hallábase ya en Bohemia y se apercibía á cerrar á Schwartzemberg la salida del desfiladero de Peterswald cuando de pronto, y por no cumplir Saint-Cyr con el celo y prontitud las órdenes que había recibido, se vió envuelto y obligado á rendir las armas en Kulma. Vandammé, prisionero, fué expuesto en una carreta á los insultos del populacho. Antes, Oudinot, había sido rechazado, después de recio combate en Grosbeeren, situado en el camino de Berlín, y Davout, viendo que ya no iba á ser sostenido, tuvo que retroceder. Napoleón reemplazó á Oudinot con Ney, pensando, por su parte, colocarse á igual distancia de él y de Macdonald; pero sabiendo que este último era estrechado por Blücher modificó sus disposiciones, yendo en auxilio del amenazado mariscal. Blücher, advertido, es-

quivó el choque. Mientras tanto, Ney, siguiendo las órdenes del Emperador, que ahora no podía apoyarle, avanzaba en dirección de Berlín. Bernadotte le presentó batalla en Dennewitz, con fuerzas muy superiores, ochenta mil hombres por cincuenta mil. Ney, á pesar de su bravura, cedió al número y fué batido: diez mil auxiliares sajones y bávaros, que llevaba consigo, se desbandaron y huyeron á sus casas, y él, reducido su ejército á poco más de treinta mil hombres, debió volver á ganar el Elba, en Torgau.

El nueve de Septiembre, Rusia, Prusia y Austria celebraron para estrechar su alianza, un tratado en Træplitz, en cuyos artículos secretos se estipulaba el restablecimiento de las dos últimas potencias en sus límites anteriores á mil ochocientos cinco, la disolución de la Confederación del Rin, el reparto del gran ducado de Varsovia, la destrucción de los Estados franceses de Berg, Francfort y Westfalia, la independencia de Alemania y otros extremos. A fin de atraerse el concurso de los Estados alemanes secundarios, Prusia se encargaba de tratar con los del Norte y Austria de negociar con los del Sud. El mes de Septiembre y parte del de Octubre, se pasó en preparativos por ambos lados. Napoleón comprendió que la situación era extremadamente grave. A causa de las pérdidas experimentadas en las batallas y de las debidas á la fatiga y á las deserciones, su ejército del Elba quedaba reducido á doscientos cincuenta mil hombres, de los que treinta mil estaban lejos, en Hamburgo, con Davout ¡Cuán de menos echó entonces los setenta mil buenos soldados que dejara en las plazas del Viscula y del Oder, ante la esperanza quimérica de tornar á las riberas de aquellos ríos! Los aliados, en cambio, reponían sus bajas, merced á los voluntarios alemanes y á los reclutas rusos. Habían conseguido realizar la primera parte de su plan, que era, como dijimos, batir á los lugartenientes de Napoleón, y se preparaban á ejecutar la segunda, encerrando á éste en un círculo de hierro. Puestos, al fin, en contacto sus tres ejércitos, á pesar de las tentativas hechas por su enemigo para evitarlo, se decidieron en las llanuras de Leipzig los destinos del Imperio y también los de Francia. El formidable encuentro que duró cuatro días, se ha denominado con justicia *batalla de las naciones*.

El primer día, diez y seis de Octubre, Napoleón no hizo frente á más de doscientos veinte mil hombres; los suyos eran ciento cincuenta y cinco mil hombres, pues había destacado innecesariamente treinta mil á Dresde, con Saint-Cyr. La acción fué muy reñida y quedó indecisa. Los franceses tuvieron veintiséis ó veintisiete mil bajas; los aliados, cerca de cuarenta mil. Sin embargo, los segundos esperaban ciento treinta mil hombres de refuerzo; los primeros quince mil, y de ellos, casi todos sajones. La ansiedad de Napoleón fué profunda durante el día diez y siete. Los aliados, que querían reunir todas sus fuerzas, no se movieron. Aquel determinó retirarse; pero le hubiera sido menester efectuarlo aquella misma noche, aun sacrificando los treinta mil hombres de Saint-Cyr. Su orgullo le impidió levantar el campo ocultamente, como un fugitivo, y aplazó la marcha